

menos culpable que su impío padre, tratando de insensato al Salvador, y degollando al Bautista su precursor. Se había encaminado á Roma lleno de envidia y malos designios contra su propio sobrino Herodes Agripa, á quien el emperador acababa de elevar al mas alto grado á que podían encumbrarse los príncipes de su clase. Agripa despachó un liberto de su confianza, que llegó á Italia tan pronto como Antipas, y puso en propia mano de Calígula las cartas de su amo á quien el emperador amaba mucho, acusando en ellas á Antipas de haber conspirado con Seyano, en tiempo de Tiberio, y de tener actualmente inteligencias secretas con los Partos. Aseguraba en prueba de esto que en sus almacenes guardaba armas para setenta mil hombres, hecho que no podia negar. Juzgóle el emperador desde luego por convencido, y le despojó de sus Estados y de sus tesoros entregándolos al delator, juntamente con la célebre Herodías su muger, y le confinó á la ciudad de Leon en las Galias. Mas su incestuosa y soberbia consorte prefirió seguirle en su destierro á deber ninguna gracia al rey Agripa que era su hermano, por cuya razon la habia tratado el emperador con indulgencia. De las Galias huyeron á España, donde ambos perecieron miserablemente.

No acabaron del todo estas revoluciones la persecucion en Jerusalem, y la nueva Religion se hallaba siempre muy molestada en la capital; pero no sucedia así en el resto de Palestina. Las iglesias edificadas en Judea, Galilea y Samaria se multiplicaban y gozaban de una gran tranquilidad, bien sea porque los Pontífices no tuvieron en los otros pueblos el mismo poder, ó porque ignoraron los progresos del Evangelio. El Apóstol San Pedro, que no habia abandonado á Jerusalem mientras la grandeza del peligro exigia su presencia, acordó despues visitar las iglesias de Palestina confiadas á

sus respectivos pastores, los cuales no hacian cosa de importancia sin noticiarlo al Padre comun de los fieles.

Su solicitud pontifical le condujo primero á Lidda (1), ciudad de la tribu de Efraim, inmediata al Mediterráneo, en el camino de Cesaréa, y reunió luego á los fieles para instruirlos ó informarse del estado de su Iglesia; y para que todos participasen del consuelo de oírle y verle, se hacia llevar á las casas de los enfermos. Habia entre ellos un paralítico llamado Eneas, que hacia ocho años estaba postrado en una cama (2). El caritativo Pastor no pudo verle sin enternecerse, y movido en aquel instante de una inspiracion divina, le dijo: «Eneas, nuestro Señor Jesucristo te da la salud, y para que todos conozcan los efectos de su divino poder, levántate, y haz tu cama, ó tómalala para marchar con ella.» Levantóse al instante el enfermo enteramente sano, tomó su cama, y divulgándose este prodigio por toda la ciudad y por los habitantes de la llanura de Saron, donde estaba situada, abrazaron todos el cristianismo.

La noticia de las maravillas que hacia el Príncipe de los Apóstoles llegó en breve á Joppe, ciudad cercana, á tiempo que acababa de espirar una cristiana llamada Tabita, conocida por madre de los pobres, á cuyo servicio se habia enteramente consagrado (3). Lavaron su cuerpo segun la antigua costumbre seguida muchos años en la Iglesia, y la colocaron en una grande sala, donde acudieron todos los pobres que estaban inconsolables por su pérdida. Enviaron pues dos discípulos á Lidda para pedir al Apóstol viniese cuanto antes á Joppe, sin decirle otra cosa. Partió luego con los mismos mensajeros, quienes le condujeron en derechura á la sala donde estaba puesto el

(1) Act. Apost. 9.

(2) Ibid.

(3) Ibid.

cuerpo de Tabita, y apenas entró se vio rodeado de una multitud de pobres viudas que le mostraban con muchas lágrimas los vestidos que ella les habia hecho con sus propias manos. Pedro lloró con todos los que estaban presentes; y no dudando que Jesucristo se dignaria recompensar con un milagro tantas buenas obras hechas por su amor, mandó que todos se retirasen é hizo oracion. Mirando despues al cuerpo dijo en alta voz: «levántate, Tabita,» y ella al punto abrió los ojos, y se incorporó en el féretro. El Apóstol la alargó su mano para que se levantase del todo, llamó á los discípulos y se la restituyó con perfecta salud. Divulgóse esta maravilla por toda la ciudad, y se convirtieron muchos de sus habitantes. Permaneció el Vicario de Jesucristo largo tiempo en Joppé, en la casa de un judío convertido llamado Simon, que aunque de ejercicio curtidor, era muy estimado de todos, segun el genio de los antiguos pueblos, que no reputaban por baja el sustentarse con el trabajo de sus manos, sin sujecion ni dependencia de otros hombres.

San Pedro se hallaba todavia en Joppe cuando Dios determinó comunicar á los gentiles la luz que despreciaban los israelitas, sin que podamos fijar con exactitud una época en que los cronologistas varían del todo (a). Ya la gracia habia esparcido las pri-

(a) Tiene razon el autor en decir que en este punto no están acordes los cronologistas. Hay quienes apoyándose en aquellas palabras del sagrado libro de los «Hechos Apostólicos,» *omnes dispersi sunt per regiones Judææ et Samariæ, præter Apostolos*, que es lo que dice nuestro autor en la página 49: «los Apóstoles fueron los únicos que quedaron etc.» creen que la dispersion de los Apóstoles para predicar el Evangelio á las naciones no se verificó en esta primera persecucion, sino en la segunda acacida por el año 44. Pero sin entrar en un examen detenido de esta opinion, permitido nos será seguir como mas acertada y mejor fundada la de los que sostienen que no se dilató tanto la salida de los Apóstoles á predicar la Buena Nueva á las gentes. Desde luego nos parece muy débil el argumento que se pretende sacar de las cita-

das semillas de la vocacion del Evangelio en el espíritu de Cornelio, centurion romano, que mandaba en Cesaréa una cohorte

de palabras de los *Hechos Apostólicos*. Lo 1.º porque no se dice allí que todos los Apóstoles permaneciesen fijos en Jerusalem entonces y hasta dicho año 44; antes bien, como ya han visto nuestros lectores, durante ese tiempo salieron algunos y predicaron en Samaria. Lo 2.º porque aunque dijera terminantemente que todos los Apóstoles se quedaron entonces en Jerusalem, podria muy bien esplicarse aun cuando no todos se hubieran quedado; á la manera que en el mismo testo se dice que «todos se dispersaron,» *omnes dispersi sunt*, y sin embargo es cierto que no todos los fieles huyeron, porque en ese caso ¿á qué se habrian quedado los Apóstoles? Lo natural era que el Pastor hubiera seguido á las ovejas; pero como se quedaron algunas de estas, quedaron tambien los principales pastores para no abandonarlas en el mayor peligro. Por otra parte, aun cuando en aquellos dias se quedasen allí todos los Apóstoles, ni el texto sagrado dice que todos permaneciesen fijamente allí hasta la segunda persecucion, ni es tampoco creible. ¿Cómo? Despues de recibido el Espíritu Santo, habiendo quedado en libertad de salir, no solo de Jerusalem, donde segun el precepto de Jesucristo tuvieron que permanecer hasta la venida del Divino Espíritu, sino tambien de Judea y de Samaria y hasta los confines de la tierra, ¿habrian de haber permanecido por espacio de once años sin cumplir con la orden del Señor, de ir por todo el mundo y predicar el Evangelio á todas las naciones? No parece creible; es por lo tanto mas fundado decir que terminada la primera persecucion, ó al menos mitigada por el decreto de Tiberio que prohibió perseguir á los cristianos, salieron los Apóstoles á la promulgacion de la nueva ley quedándose algunos en Jerusalem y en la Judea.

En confirmacion de esto podríamos aducir lo que dice San Ireneo (lib. 3, cap. 1), á quien cita el entendido señor marqués de Mondejar, á saber, que despues de recibir los Apóstoles el Espíritu Santo, se repartieron á la predicacion. Tambien podríamos aducir lo que sucedió á San Pablo despues de su conversion. Ansiaba ver á los discípulos; pero, como refiere San Lucas (Act. 9), recelaban de él, hasta que San Bernabé le condujo á presencia de San Pedro y Santiago. A su vez el mismo Apóstol San Pablo en su carta á los de Galacia (cap. 1), nos dice que tres años despues de su conversion, es decir, á fines del año 37 (pues aquella ocurrió el año 34, y desde el espacio inmediato á ella deben computarse esos tres años, en sentir de varios Padres á quienes siguen Baronio, Calmet y otros), pasó á Jerusalem y que á pesar de haber permanecido allí algun tiempo no vió mas Apóstoles que los dos ya citados, San Pedro y Santiago. Por manera que si San Pablo deseaba ver á los discípulos, con mayor razon desearia ver á los Apóstoles; es así que no vió mas que á dos, luego no habria mas en Jerusalem; luego ya entonces, en el año 37, se habia efectuado la separacion.

Es de bastante importancia, especialmente para los españoles, esta observacion; porque si fuera cierta la opinion de los que creen que no se separaron los Apóstoles hasta la segunda persecucion, es decir, hasta que fué martirizado Santiago, ¿cuándo habria venido á predicar en España? Si permanecieron todos



Notando Herodes Agripa el placer que había causado á los judíos con la muerte de Santiago, acordó hacer lo mismo con San Pedro, que había acudido á consolar á los fieles de Jerusalem consternados con el martirio del Apóstol. Pero como eran los días de Pascua (1), mandó el tirano poner preso á San Pedro para tenerle bien asegurado, y ofrecerle despues en espectáculo á aquel pueblo pervertido. Oraban entretanto los fieles continuamente por su padre comun. En la noche antes del día señalado para el suplicio, dormía el Apóstol entre dos solda-

den sacar de la época en que se separaron los Apóstoles para ir á predicar el Evangelio por todo el mundo, pues ya hemos dicho y probado en la nota que acerca de ello pusimos en la página 25, que esta separacion hubo de efectuarse mucho antes del año 44 en que murió el Apóstol Santiago; por consiguiente, que este tuvo tiempo suficiente para venir á España y predicar en ella el Evangelio.

Nuestra tradicion, pues, está fundada en los cimientos mas sólidos, en las pruebas mas incontestables. Escritores respetables, antiguos y modernos, la acreditan, testifican y demuestran de un modo que no deja lugar á duda. Si no temiéramos alargar demasiado esta nota, citaríamos á San Hipólito en un opúsculo suyo titulado *De duodecim Apostolis*; á Didimo Alejandrino en sus libros sobre el misterio de la Trinidad, publicados en 1769 por el sábio Mingarelli; á San Jerónimo en su esposicion sobre el cap. 34 de Isaías; á Teodoro en el serm. 8 de Mart.; á san Isidoro en su obra de *Ortu et obitu Patrum*; á Beda en sus *Colactaneas*; á san Julian en los *Comentarios al profeta Nahum*; á Calisto II, Frekullo de Lexiowitz, Walfrido Strabon, Nothelo, monge de S. Galo; Zacarias de Crisópolis, Oton de Frisinga, Vicente Bellovacense, Cupero, Labbe, el marqués de Mondejar, el P. Mtro. Florez y mil otros autores nacionales y extranjeros. Pero creemos deber recomendar especialmente la *Justificacion histórico-crítica* que sobre este asunto escribió el P. Juan José Tolrá, de la Compañía de Jesus; la disertacion latina de don Benito Clemente Aróstegui, canónigo de Zaragoza; y la que posteriormente, en nuestros días, publicó en Roma el señor don Antonio Vargas de Laguna, embajador de S. M. C. cerca de la Santa Sede, y á vista de la cual dijo el Emmo. señor cardenal de la Somaglia que despues de la demostracion hecha por el señor Vargas no se podía ya dudar de la predicacion de Santiago en España. Tambien recomendamos la lectura de los artículos que sobre esta materia publicó El *Carólico* en sus números 857, 902 y 903, correspondientes á los días 23 de julio y 19 y 20 de agosto de 1842, artículos debidos á nuestros entonces correspondientes de Salamanca y de Santiago, y hoy arzobispo de Santiago, el primero; y obispo presentado de Astorga, el segundo. (N. del E.)

(1) Act. Apost. 12.

dos encadenados con él (a), y otros diez y seis custodiaban la prision relevándose de cuatro en cuatro. El preso estaba encargado á su vigilancia, y debían responder de él con su propia cabeza. Inútiles eran tantas precauciones con unos hombres enñados por Dios á llevar en paciencia los trabajos; pero tampoco eran ellas bastantes para resistir á los ministros de las voluntades del cielo. Descendió á la prision el ángel del Señor lleno de resplandores, despertó á San Pedro y de repente cayéronsele á este las cadenas. *Levántate*, le dice el ángel, *y sígueme*: obedeció el Apóstol sin poder distinguir si aquello que le pasaba era cosa efectiva y real, ó solo una vision imaginaria. Atravesó con el ángel por delante de la primera y segunda guardia, en este estado de incertidumbre y espanto, y llegaron juntos á la puerta de hierro que conducía á la ciudad, porque la prision estaba fuera de los muros. La puerta se abrió por sí misma y entraron en Jerusalem sin abandonarle el ángel hasta el fin de una calle donde desapareció, dejando á San Pedro á cubierto de todo peligro. Entonces fué cuando el Apóstol conoció con evidencia que Dios le había libertado del furor de Herodes y de las manos del pueblo judío.

Tributó las mas humildes gracias al Señor, y observando que estaba cerca de la casa de María, madre de Juan, por sobre nombre Marcos, llamó á la puerta á tiempo que los fieles que estaban allí congregados oraban á Dios por la Cabeza de su Iglesia. Salió una criada llamada Rodas á preguntar quién era; conoció la voz de Pedro, y sin abrirle ni darle respuesta corrió llena de gozo á anunciar á los de adentro que estaba allí el Príncipe de los Apóstoles. Decíanle unos que deliraba, y otros juzgaban que no sería él sino su ángel; lo

(a) Sin duda se hacia esto para tener mas seguro al preso. (N. del E.)

cual, y sea dicho de paso, nos demuestra la antigüedad de la creencia cristiana acerca de los ángeles custodios ó de nuestra guarda. Entretanto San Pedro seguía llamando; abriéronle al fin, y no es posible pintar cuán sorprendidos y alegres quedaron todos los de aquella religiosa asamblea. Moderóles su gozo haciéndoles seña con la mano y les contó estensamente el milagro de su libertad, encargándoles lo pusiesen en conocimiento de todos los demás discípulos, particularmente de Santiago, hijo de Alfeo, único Apóstol que permaneció en la capital de Judea, y á quien el público amó siempre; por cuyo motivo temia mucho menos que Pedro, perseguido á la sazón como Cabeza de todos los fieles. Sin perder tiempo, y aprovechando aquella misma noche, salió de la ciudad para buscar un asilo mas seguro. No advirtieron sus guardias lo que había sucedido, hasta que ya era de día: mas á pesar de no haberse mostrado negligentes ni descuidados, su prisionero se había escapado sin haber ellos visto ni oído nada. Sin embargo de esto, el tirano mandó encarcelarlos, y despues de las mas rigurosas pesquisas, les hizo quitar la vida para no aparecer convencido.

No trascurrió mucho tiempo sin que Herodes Agripa recibiese el justo castigo de su sangrienta impiedad, y esto en el mismo lugar donde comunmente moraba, en el mismo teatro de su orgullosa vanidad, en la ciudad de Cesaréa (1), situada en la provincia de Galilea, donde tenía su córte. Habiendo tenido cierta desavenencia con los tirios y sidonios (2), los redujo muy luego á que solicitasen su amistad, prohibiendo que se transportasen á sus numerosas poblaciones, cuyo territorio era pequeño, los granos de

la fértil provincia de Galilea. Le enviaron sus embajadores, á los cuales este rey soberbio quiso recibir con gran pompa en el día en que celebraba unos juegos por el restablecimiento de la salud del emperador. En la mañana del segundo día de la fiesta fué al teatro con un numeroso séquito de judíos y romanos los mas ilustres, vestido con su manto Real, y sentándose en un trono cubierto de oro y piedras brillantes, principió á arengar al público. A realzar el aparato de la funcion contribuían la serenidad del día y el resplandor del sol; y su elocuencia, donde tanto se preciaba, era correspondiente á su grandeza; de suerte que por todas partes comenzó á gritar el pueblo: «no es un hombre el que nos habla, sino un Dios.» Agripa se deleitaba con estos elogios profanos; pero su culpable delito duró muy poco, porque el ángel del Señor le hirió invisiblemente (1). Sintió de repente unos dolores tan vivos, que sucediendo á su vanidad la confusion y la vergüenza, dijo á sus adula- dores: «ved aquí á vuestro Dios que va á espirar.» Condujéronle á su palacio donde padeció por espacio de cinco días horribles tormentos, y al cabo de ellos murió comido de gusanos.

Antes de este notable acontecimiento, y en el año segundo del imperio de Claudio que en el de 41 sucedió á su sobrino Calígula, trasladó su Silla Pontifical á Roma el Príncipe de los Apóstoles (2), y desde este año, que es el 42 de Jesucristo, principian los 25 de Pontificado que le atribuye la Crónica de Eusebio. Su Silla había estado por espacio de siete años en la iglesia de Antioquia, que fué la primitiva de los gentiles; pero en ninguna parte residió continuamente, porque su carácter de Cabeza de la Iglesia le llamaba á todos los lugares en

(1) Act. Apost. 12.

(2) Origen. in *Genes.*—Euseb. *Chron. an. 42.*—Justin. *Apol. 2.*—Hieron. de *Scriptor. Eccles.*

(1) Act. Apost. 12.

(2) Joseph. *Antiq. lib. 19, cap. 7.*

B. del C., tomo XVI.—III.—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo I.